

Prólogo

«*La vida familiar debe ser expresión de belleza, por el fin que pretende. Pero esa belleza sólo se alcanzará cuando haya armonía entre sus componentes, la cual trascenderá naturalmente a la sociedad que la envuelve y así se beneficiará ésta de la actuación eficaz de aquella célula social*»*.

Gozar y sentir la alegría, con el contrapunto de una paz en lo profundo del alma, es la vivencia del que experimenta la belleza. El autor del texto que encabeza estas líneas nos insinúa que una sociedad no impregnada por ella resulta dura para el ser humano. Aceptar la idea de que la falta de armonía es irremediable, y que el *conflicto* es constitutivo de la vida social, lleva consigo más consecuencias de las que comúnmente se suelen mencionar.

* Tomás ALVIRA, *¿Cómo ayudar a nuestros hijos?*, Edic. Palabra, Madrid, 1983, p. 106. Subrayado mío.

En efecto, se acostumbra –y con razón– a estudiar los problemas económicos, políticos y éticos que la asunción de la conflictividad como clave de la vida social comporta. Pero se repara menos veces en otra realidad sencilla: si de verdad esa es una clave primordial, se da una pérdida de presencia de la belleza.

Y, sin embargo, la belleza es el *medio* en el que la vida humana se desarrolla de la mejor manera. La cuestión no está en si vivimos rodeados de paisajes encantadores, en ciudades maravillosas, y con casas llenas de preciosas obras de arte. Todo ello, desde luego, tiene una importancia extraordinaria, en cuanto –a la vez– influye en el enriquecimiento de la vida humana y lo expresa. Pero lo que hace que esas cosas tengan auténtica relevancia y significación para nosotros es que *estamos ya radicados* en la belleza. De otra forma, no nos dirían nada.

Sostener esta idea de la fundamental relevancia socioestética de la familia es una empresa nada exenta de riesgos. Algunos dirán que la tranquila armonía del hogar genera más bien personalidades triviales, sin fuerza para captar el genio de la belleza. Otros argumentarán que éste se descubre en la dureza descarnada del conflicto, exterior y, sobre todo, interior. Además muchos grandes artistas parecieron no interesarse por vida familiar alguna. Por último, se insistirá –y con ello se resume todo– en que la dimensión es-

tética tiene su lugar propio en la vida de cada individuo, o como ornato social externo, pero que no pertenece a la *constitución de lo social*.

Justamente esto último es lo que, por el contrario, aquí se afirma, a pesar del riesgo de sufrir la acusación de utopía –duro reproche para una tesis que quiere ser realista–, acusación por lo demás bien plausible desde lo que la experiencia diaria parece mostrar.

En esa experiencia se detectan multitud de familias poco armoniosas, y no pocos individuos aislados que, por el contrario, llevan una vida armoniosa.

Lo primero que, por ello, se ha de traer a colación es el dicho popular: «ni son todos los que están, ni están todos los que son». Existen –están– familias que parecen ser un modelo, cuando en realidad son un hotel bien gestionado, y existen también personas que parecen no tener familia y que, sin embargo, viven profundamente el espíritu familiar.

La estética es constitutiva de la sociedad porque ésta se construye en una *lucha por la paz* –por la armonía–, y no desde un mero *acuerdo general de paz* que permita a continuación todo tipo de competencias y de conflictos no sangrientos. La paz hay que estar construyéndola siempre; no es algo que pueda darse por supuesto. No se lucha *desde la paz*, sino *para la paz*.

Construir la armonía es una tarea que requiere un difícil aprendizaje práctico, aprendizaje que sólo puede llevarse a cabo en un ambiente familiar. En él debería resplandecer la belleza.

En el desacuerdo radical con el mundo entorno, primariamente el humano, el arte carece de sentido –¿para quién lo haríamos?– y la contemplación estética, al no ser compartible, se tornaría en aburrimiento. Es, por tanto, en la experiencia estético-artística de la vida social, –pues la sociedad nos hace y la hacemos– donde se asienta la base para cualquier percepción posterior de *lo bello*. Y no podemos vivir *humanamente* sin ser capaces de captarlo y realizarlo.

Si la dimensión de la belleza ha sido siempre un elemento distintivo del *humanismo*, la explicación está precisamente aquí. El humanismo descubre que no hay ética sin estética, y viceversa; que ha de desarrollar ambas al tiempo en la vida individual y social; y que debe estudiarlas en el mundo en el que están radicadas, uniendo todo en un *dinamismo general educativo*, porque toma una conciencia muy aguda de que el bien se encuentra en la armonía y que ésta es una categoría estética.

En efecto, cada *bien concreto* consiste siempre en que no haya ni *separación* ni *confusión* entre los seres, y esa es la fórmula de la armo-

nía. Su lugar primario de encarnarse, y el de su aprendizaje social, es la familia.

La *competición* es necesaria y, cuando está subordinada al bien común, es también bella. Pero en el mundo actual no está subordinada, sino que es el criterio básico de buena parte de las actuaciones, sobre todo en economía y también, aunque en menor medida, en política.

El desplazamiento –y hasta la supresión– del criterio de armonía como guía primaria de la vida social había de traer necesariamente una consecuencia: la marginación, primero, de la familia, y después la amenaza a su propia integridad. Es muy difícil tener una verdadera familia cuando todas las disposiciones e incitaciones del entorno nos empujan a una lucha continua y muy dura. Entonces la sociedad pierde belleza, y la vida se nos hace más pesada y desagradable. ¿Merece la pena seguir así?

No son muchos –sólo un grupo de aristócratas del espíritu– los que comprenden la necesidad de potenciar el humanismo en la vida económica y política. Quizá la prueba más clara de ello es el desinterés generalizado que reina en esos ambientes en relación con la realidad familiar.

Pero la consecuencia, hoy ya perceptible por doquier, no es sólo el mencionado descenso de la estética social, sino el peligro de desinte-

gración del entero sistema económico y político. Este se ha basado siempre –no tiene otra posibilidad– en la *confianza* entre las personas. Si desconfío plenamente de otro, no puedo hacer con él ningún proyecto serio económico o político.

Una persona se hace fiable a través de una formación moral y estética que sólo en la familia se puede aprender. El menosprecio de esta institución por parte de una filosofía política que ha colocado a la competición en el centro de la vida social, se paga con el resquebrajamiento del sistema.

La esfera política –el Estado– y la económica –el mercado–, según el esquema vigente en los últimos siglos del Occidente, han usurpado dos de las funciones básicas de la familia –educación y economía– y han dificultado grandemente la tercera –intimidad–. Nos encontramos así ante unos actos de vampirismo social: el Estado y el mercado estrangulan a aquella institución de la que, sin embargo, tienen que vivir, a saber, la familia.

Es menester un amplio acuerdo de los diferentes poderes sociales que vuelva a colocar a la familia en el lugar central que le compete; que subordine, a su vez, la necesaria competencia a la cooperación, y facilite la vida familiar, para la ventaja general. No deberíamos permitir que un mal entendido deseo de victoria y de po-

der anulasen lo mejor del ser humano. No se vive bien sin hogar. La dispersión no crea cultura, ni es un fenómeno civilizatorio.

El que está perdido necesita encontrar alguien que le salve, que le lleve a un refugio seguro. La familia, una verdadera familia, posee esa fuerza y atractivo misteriosos que la constituyen como el *lugar al que se vuelve* *.

Sentimos la más profunda inclinación a ella y en ella tomamos la fuerza para *resolver las dificultades* y para *ser creativos*. Nada nos es más útil y, sin embargo, sabemos bien que la destruiríamos si la *usásemos* utilitariamente. Representa, por ello, la esencia del espíritu: la utilidad no utilitaria.

En la familia somos *conservadores*, pues deseamos mantenerla, tenemos un motivo para conservar; somos *sociales*, ya que ahí aprendemos a apreciar a los demás; somos *liberales*, puesto que cada uno adquiere personalidad propia en ella; somos *progresivos*, dado que es la institución del crecimiento, y en la que inventamos para ofrecer algo bueno a los demás. Una buena familia es el arcano y la síntesis básica de lo que las diferentes tendencias políticas buscan.

* R. ALVIRA, *Habitar, trabajar, vivir*, C.M. Somosierra, Madrid, 1989, pp. 3, 5 y 6.

Si la familia, la casa, es el lugar al que se vuelve, hemos de volver a estudiarla, para *profundizar* en su esencia. Pero no hay que volver a *formas pasadas*: el pasado está para aprender de él, y para mejorar, no para ser recuperado. Es menester dibujar una nueva forma de familia, más unida y a la vez con más respeto de la libertad de cada miembro, más creativa y profunda, en la que una autoridad, flexible y amable, sustituya a la arrogancia –explícita o implícita– del autoritarismo.

Agradezco de manera particular a Camino González Ezquerro su gran ayuda en la confección del texto.